

Jorge Teillier: el poeta de este mundo

JAIME QUEZADA*

Autor de una continua y siempre reveladora obra poética, Jorge Teillier Sandoval (Lautaro, 1935) representa, sin duda, un hito personalísimo y trascendente en el valioso espacio de la poesía chilena del siglo veinte. E incorpora, además, a este desarrollo y proceso inalterable de nuestra poesía, en sus variadas tendencias y corrientes, la temática definitivamente acuñada como *lárlica*. Larismo que tiene en este autor (galardonado con el “Premio de Poesía Eduardo Anguita”, instituido por Editorial Universitaria, octubre de 1993) a su propio protagonista en el dar materia y fundamento vocacional, estético y poético a tan rilkeana vertiente en la poesía del país. Esto es, un habitar míticamente los lugares natales, una vuelta a la tierra como nutrimento de lo creado, un recuperar el paraíso perdido de la infancia, un ir hacia los antepasados en una siempre cíclica necesidad de tiempo y de nostalgia. Y, en fin, una poesía que se afirma en un mundo del orden inmemorial de la casa y la aldea y los secretos dominios de los sueños y los recuerdos.

El primer libro de Jorge Teillier -*Para ángeles y gorriones*, 1956- se publica cuando el poeta recién ha cumplido sus veinte años. Poemas escritos en plena adolescencia, “con dedos manchados por la primera tinta”, en Lautaro y Victoria, los lugares originarios y geográficos del autor. Sin embargo, los poemas de éste hoy inencontrable librito, cuya edición santiaguina no pasó de cuatrocientos ejemplares, marcan ya resueltamente la identidad de una

* JAIME QUEZADA: Poeta chileno.

poesía (láríca), que se mantendrá constante a través de toda la obra futura del poeta. En esta recreación de la memoria y en este hacer trascendente lo cotidiano utilizando lo cotidiano, Teillier tipifica una temática y una escritura sin estridencia ni singulares originalidades, sino buscadora de verdaderos alimentos terrestres e iluminada de lo humano.

En las páginas de este libro primero están los temas y los tratamientos evocadores que harán la poesía teillierana: el lenguaje de lo cotidiano, la contempladora mirada del cielo, la imagen de un estanque, las memorias de la aldea. También la infancia, los molinos de agua, las veletas de hierro, los puentes de madera. Todo un paisaje que el poeta sólo anhela develar y, a su vez, conservar para siempre en su memoria. Esta temática tendrá su ahondamiento y proyección, hasta hacerse fundadora de lo láríco, hacia toda la obra poética de Teillier: desde *El cielo cae con las hojas* (1958) a *Los trenes de la noche* (1964), de *El árbol de la memoria* (1961) a *Crónica del forastero* (1968), de *Poemas del País de Nunca Jamás* (1963) a *Poemas secretos* (1965) y sólo para citar cinco o siete cronológicos libros que culminarán en su ordenada y reordenada suma antológica de *Muertes y maravillas* (1971).

Después su obra se complementará con otros no nuevos libros -*Para un pueblo fantasma* (1978), *Cartas para reinas de otras primaveras* (1985)- que mantienen siempre el perenne tema láríco, aunque ahora, y en algunos casos, transfigurado en medio del camino de la vida. Así, el paisaje láríco puede ser una pesadilla de clínica y la nostalgia de un ciruelo en flor, el resultado de otra realidad llamada *mogadón, clorpromazina, valium 10* (“Sí, es cierto, gasté mis codos en todos los mesones./ Tal vez nunca debiera haber dejado/ El país de techos de zinc y cercos de madera”). Pero, por sobre todo, el poeta se mantiene fiel a sus vivenciales temas y lugares con sus linternas rotas, sus gansos silvestres, sus frutos de verano, sus andenes y mágicas señales: “Lo que importa no es la luz que encendemos día a día/ sino la que alguna vez apagamos/ para guardar la memoria secreta de la luz”.

La emotiva, nostálgica y evocadora poesía de Jorge Teillier (que no quiere aquí decir para nada neorromántica), revela, a través de todos y cada uno de sus libros, algunas singularidades que caracterizan claramente su escritura:

1) Presencia de un paisaje geográfico, físico y humano de una región del territorio chileno llamada la Frontera o la Araucanía. Indómito lugar de intensos boscajes y soberbios ríos (del Imperial, al Cautín y al Toltén) por los cuales bajaban vapores cargados de trigo en otros tiempos. No será, sin

embargo, la vastedad de este paisaje -“era el amado orden del sur con su cotidiano rito de viento y de madera”- lo que tipifica la poesía de Teillier, sino sólo como marco de referencia y atmósferas de un territorio y de un paisaje focalizado (“el mundo se ha reducido a la luz de una luciérnaga”) a una casa natal, a un patio de grosellas y glicinas, a una aldea con su estación de trenes, su calle y su taberna.

2) La aldea como centro mítico y recreador de una realidad vivida. De ella nacen y a ella vuelven todos los sueños del poeta siempre nítidos en la memoria y en el tiempo: “lo que importa no es la casa de todos los días, sino aquélla oculta en un recodo de los sueños”. La aldea como país de niebla, también, y en la precariedad de lo urbano en medio de la ruralidad de un paisaje de lluvia e imágenes perdurables.

3) La infancia, edad de oro, paraíso perdido, como el arca definitiva de todos los recuerdos, y un anhelo de recreación de los sentidos para recibir limpiamente la admiración ante las maravillas del mundo. El País de Nunca Jamás, lo llama el mismo Teillier: “El niño que hay en mí renace en mi sueño”. También: “Aún aguarda la infancia un vaso de verano”. Más que el nutrimento vivencial de una infancia, en su arcadia y refugio de edad dorada, hay en esta poesía una permanente vuelta a la eterna adolescencia en el muchacho que espía su inquietud perdida: “Mi mano pasa a través del espejo de la tarde para hallar al adolescente/ que iba a la capilla de madera anclada frente a la plaza”.

4) La nostalgia -sal y agua de esta poesía- y el desamparo. La intensidad de la primera invade iluminadoramente cada poema de Teillier hasta hacerse huella, cosmos, realidad secreta y emocional. Nostalgia que puede tomar la forma de un vaho de fantasmas y fuerza melancólica del recuerdo. Pero no sólo lo pretérito y lo pasado en un recuperar nostalgias eternas, sino también una vislumbración y recuerdo del futuro. Aunque este futuro esté irremediabilmente condenado a un fin de mundo. Sobreviviente de una perdida edad, el poeta está aquí siempre en una lucha contra el universo que se deshace: “Cuando todos se vayan a otros planetas/ yo quedaré en la ciudad abandonada/ bebiendo un último vaso de cerveza”. De una poesía de la nostalgia a una poesía del desamparo.

5) Una poesía conjural y recreadora de mitos. La oralidad de tradiciones y legendarias historias recobran poéticamente su trascendencia en esta

poesía. Desde un puñado de sal lanzado al fuego una noche de invierno a buscadores de entierros que sólo “en sueños hallan monedas de oro”. Y desde espejos que anuncian llegadas de desconocidos a fatídicos cantos de pájaros agoreros y nocturnos. En fin, higueras que florecen, espejos rotos, pactos y presagios en frases conjurales que el poeta, portador y depositario del mito, hace perdurable para la lengua escrita: “Despierto teniendo en mis manos hierbas y tierra/de un lugar en donde nunca estuve”.

6) Tiempo e historia. La poesía de Jorge Teillier, a pesar de sus sencilleces y evocaciones del paraíso perdido, tiene valedera, mágica y maravillosamente un trasfondo de realidad con la historia, historia de aquellos míticos y legendarios lugares, por supuesto. Poesía que surge de un lugar marcado por episodios y sucesos de este y otros siglos. Lugar indígena de gente de la tierra; lugar fronterizo pacificado “a mucha música y mucho mosto” (según palabras de Cornelio Saavedra en su avance militar hacia la Araucanía); lugar de pueblos que se fundan, se incendian y se vuelven a fundar (“aún se narran historias sobre la fundación del pueblo”, dice en un verso el poeta); lugar de pioneros, colonos, caudillos, contrabandistas y, en definitiva, “lugar maravilloso de un Far West sin prejuicios”, como lo nombra Neruda, o como “la maravillosa zona de la rebeldía”, en el decir más certero de Gabriela Mistral. Toda esta infrahistoria anda resueltamente por ese tiempo-nostalgia-aldeapaisaje de la obra de Teillier: “Una noche entera luchando contra el barro/ cuando íbamos al pueblo recién fundado”.

De aquí surge una mirada no sólo contempladora del cielo, sino un remirar la tierra, un rescatar a los antepasados (“Todavía yace bajo el manzano/ el tílburí cansado de los abuelos”), un rebuscar las raíces primeras y originarias en el “árbol de la memoria”. Teillier no hace historia, por cierto (aunque estudió Pedagogía en Historia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile), pero su poesía revela una escritura fundada en sus realidades históricas y una conciencia también historicista, muchas veces crítica y cuestionadora, dada por aquellas gentes que “aprendieron de los mapuches a beber sangre de corderos recién sacrificados” y por aquellos pueblos “levantados con tablas sin labrar/ en medio del invierno del fin del mundo”. Hay así un arraigo, genealógico y memorial, a los llamados lares. Lo que el mismo Teillier rilkeanamente dice: “Para nuestros abuelos, una torre familiar, una morada, una fuente, hasta su propia vestimenta, su manto, eran aún infinitamente, infinitamente más familiares. Cada cosa era

un arca en la cual hallaban lo humano y agregaban su ahorro de humano... Las cosas dotadas de vida, las cosas vividas, las cosas admitidas en nuestra confianza, están en su declinación y ya no pueden ser reemplazadas. Somos tal vez *los últimos que conocieron tales cosas*. Sobre nosotros descansa la responsabilidad de conservar no solamente su recuerdo (lo que sería poco y de no fiar), sino su valor humano y láríco”.

De esta manera, el marco geográfico, láríco y memorial de la poesía de Jorge Teillier tiene, sin limitaciones fronterizas, su universalidad de mundo. La región o la provincia trascendida a un tiempo y a un espacio universal. A la sombra de los castaños que pueblan esta mítica aldea-universo de Teillier caben también todos los tiempos y espacios de un Heráclito a un Tralk, de un Jorge Manrique a un Rainer M. Rilke o un René Guy Cadou: “Yo no sé nada de tu pasado, Has debido soñarlo./ Sólo vislumbro tu rostro en la lluvia”.

Además de estas significativas y bien personales características de la poesía teillierana, tan propia de sus temas y tratamientos, es importante señalar, en beneficio de la poesía chilena, el aporte, latente y efectivo a las actuales tendencias poéticas hoy en boga. Una relectura atenta de esta obra deja al descubierto unas deslumbradoras “rejuntas” temáticas: *la láríca*, por supuesto, sello, relación y fundamento de toda una poesía; *la etnocultural* en el dar cuenta lo rescatador de un pasado familiar y plural, en la habitancia de una aldea y en lo fundacional de lugares reales y míticos: “Empiezas a conocer los pueblos de la Frontera. Tienen nombres que en lengua de la tierra/ quieren decir: *Guanaco Echado, Río de Brujos, Lugar de Cenizas*”. También estos versos en sus realidades geográficas y colonizadoras: “Se reúnen los que partiendo de Burdeos o Le Havre/ llegaron a la Frontera por caminos aún no trazados,/ mientras sus mujeres daban a luz en las carretas”; *la testimonial o cronística* en un dar cuenta del “yo lo vi, yo lo viví”. El poeta es así guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores. Sus poemas *Treinta años después, Retrato de mi padre, militante comunista, Muerte y resurrección* (terremoto y maremoto de Puerto Saavedra, mayo de 1960), vienen a ser, entre otros, representativos de esta tendencia; *la apocalíptica*, entendida aquí no a la manera de una devastación de mundo o hecatombe bíblica, sino en relación a señales de un mundo por venir. Un fin de mundo en pentecostal lenguaje o epifanía: “El día del fin del mundo/ será limpio y ordenado como el cuaderno/ del mejor alumno del curso”. Un apocalipsis también de la resurrección en otras galaxias, en otros planetas, en otro cielo

que cae con las hojas. “El sol quiere llegar al árbol de nuestra sangre,/ derribarlo y hacerlo cenizas,/ para que conozcamos a los visibles sólo para la memoria/ de quienes alguna vez resucitaremos en los granos de trigo o la ceniza de los roces a fuego,/ cuando el sol no sea sino una antorcha fúnebre/ cuyas cenizas creeremos ver desde otras galaxias”. La imagen del sol como antorcha fúnebre será, en otro poema, un girasol negro: metáfora o alegoría de lo real imaginado en tiempos futuros.

La poesía de Jorge Teillier no puede ser más sencilla, clara y transparente. Resplandecida desde adentro en el asombro de lo cotidiano e iluminadora de un paisaje que permanece eterno. Lo visual y sensorial también. Puede escucharse en esta poesía el girar de la veleta de hierro del molino, el subir y bajar del balde en el pozo de agua en la quinta de los primeros colonos, el pisar furtivo del adolescente que regresa a medianoche a la casa paterna. El mérito de esta lárca poesía, que le ha dado a su autor permanencia y vigencia en la literatura chilena e iberoamericana, está precisamente en mantenerse siempre igual y la misma, así sean los primeros o los últimos poemas. Un mundo poético inalterable (“que tal vez un día deba destruir para que se conserve”). Tampoco hay desbordes escriturales, ni experimentaciones de lenguaje, ni búsquedas conceptuales o retóricas ejercicios, ni afanes de innovaciones verbales (“Las palabras no son nada/ junto a la hoja que resucita al pasar frente a tu casa”). Lenguaje, por último, en su intensidad de nostalgia y rescate memorial, que permanece incontaminado e inamovible, sin pretensiones neorrománticas o posmodernas, sino aceptador de aquellos valores esencialmente poéticos. Poesía “como una moneda cotidiana y que debe estar en todas las mesas”.

Teillier, con sus diez y tantos libros y a sus casi sesenta años, se mantiene fiel a su propia poesía y a su mismo y personal modo de vida. Un transformar la poesía en experiencia y existencia creadora y vital. El poeta de este mundo en su mundo: “Tú sabías que la poesía debe ser usual como el cielo que nos desborda,/ que no significa nada si no permite a los hombres acercarse y conocerse”. He ahí su validez y humanidad.

Lo Cañas-Santiago, diciembre 1993

Antología poética de Jorge Teillier

(Selección de Jaime Quezada)

1

LOS TEJADOS SE INCLINAN

Los tejados se inclinan
bajo el peso de las lluvias
del invierno pasado.
Frente al violento resplandor
de los árboles frutales
una anciana dormita en la cocina.
Duerme porque hay demasiado tiempo,
porque ya no hay esposo,
ni hijos, ni fuego en la cocina.
El tiempo ha sido demasiado largo.

2

SENTADO, EN EL FONDO DEL PATIO

Sentado, en el fondo del patio,
trato de pensar qué haré en el futuro.
Pero pierdo mi tiempo mirando los moscardones
cuyo oro es el único que podría alcanzar,
y saludo a un caballo al que puse nombre
un oscuro mediodía de infancia
y que asoma su pobre cabeza entre los geranios

IMAGEN

Te reconoces
 en ese niño que esta mañana de escarcha
 sale a comprar pan
 y saluda al lechero
 cuyo silbato despierta las calles.

Tú eres ese niño
 y eres el niño que a campo traviesa
 va hacia la casa de los vecinos
 con un ganso bajo el brazo
 bajo la luna espiada por cohetes
 en la que no se verán ya nunca más
 la Virgen, San José y el Niño.

BAJO UN VIEJO TECHO

Esta noche duermo bajo un viejo techo,
 los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
 y el niño que hay en mí renace en mi sueño,
 aspira de nuevo el olor de los muebles de roble,
 y mira lleno de miedo hacia la ventana,
 pues sabe que ninguna estrella resucita.

Esa noche oí caer las nueces desde el nogal,
 escuché los consejos del reloj de péndulo,
 supe que el viento vuelca una copa del cielo,
 que las sombras se extienden
 y la tierra las bebe sin amarlas,
 pero el árbol de mi sueño sólo daba hojas verdes
 que maduraban en la mañana con el canto del gallo.

Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
pero sé que no hay mañanas y no hay cantos de gallos,
abro los ojos, para no ver reseco el árbol de mis sueños
y bajo él, la muerte que me tiende la mano.

5

SENTADOS FRENTE AL FUEGO

Sentados frente al fuego que envejece
miro su rostro sin decir palabra.
Miro el jarro de greda donde aún queda vino,
miro nuestras sombras movidas por las llamas.

Esta es la misma estación que descubrimos juntos,
a pesar de su rostro frente al fuego,
y de nuestras sombras movidas por las llamas.
Quizás si yo pudiera encontrar una palabra.

Esta es la misma estación que descubrimos juntos:
aún cae una gotera, brilla el cerezo tras la lluvia.
Pero nuestras sombras movidas por las llamas
viven más que nosotros.

Sí, ésta es la misma estación que descubrimos juntos:
-Yo llenaba esas manos de cerezas, esas
manos llenaban mi vaso de vino-.
Ella mira el fuego que envejece.

TWILIGHT

Todavía yace bajo el manzano
el tálburi cansado de los abuelos.
¿Quién recogerá esas manzanas
donde aún brilla un sol de otra época?
El cerco se pudre.
La ortiga invade el jardín.
Alguien mira al tálburi
y apenas lo distingue
en la luz oscilante
entre la tarde y la noche.

Bodas y entierros.
Una tarde entera luchando contra el barro
cuando íbamos al pueblo recién fundado.
Un viaje de ebrios entre la susurrante penumbra
esquivando las ramas enloquecidas.
Viajamos y viajamos
aún sabiendo que todo no puede sino terminar
en una casa miserable desde donde se mira
esa luz obstinada en pelear contra la noche.

¿Quién recogerá las manzanas
donde aún puede vivir un sol de otra época?
La ortiga invade el jardín.
El día no alcanza a refugiarse en la casa.
Para huir de la oscuridad sólo hay un tálburi cansado
que no se cansa de luchar contra la noche.

ATARDECER EN AUTOMÓVIL

A mi hermano Iván

Abandonamos la aldea
 después de beber algo en el hotel frente a la plaza.
 Escogimos el camino más viejo. Pasamos lentamente
 frente a tierras sin cultivar, árboles mutilados
 por los roces a fuego. Entramos a una quinta abandonada
 a buscar manzanas silvestres.
 Luego, alguien dice: “en la estación había una muchacha
 que se parecía no recuerdo a quién”.
 Otro empieza a cantar.
 Pero cuando las estrellas salen a mirarnos
 con sus húmedos ojos de ovejas tristes
 nadie habla ni canta.
 Trepida el viejo motor, el viento nos da en la cara,
 un amigo reparte el pan y el vino. Siempre es bueno.
 Y es bueno desear que sea eterno, eterno como creemos
 son la noche, el viento, los oscuros caminos del cielo.

BAJO EL CIELO NACIDO TRAS LA LLUVIA

Bajo el cielo nacido tras la lluvia
 escucho un leve deslizarse de remos en el agua,
 mientras pienso que la felicidad
 no es sino un leve deslizarse de remos en el agua.
 O quizás no sea sino la luz de un pequeño barco,
 esa luz que aparece y desaparece
 en el oscuro oleaje de los años
 lentos como una cena tras un entierro.

O la luz de una casa hallada tras la colina
cuando ya creíamos que no quedaba sino andar y andar.

O el espacio del silencio
entre mi voz y la voz de alguien
revelándome el verdadero nombre de las cosas
con sólo nombrarlas: “álamos”, “tejados”.
La distancia entre el tintineo del cencerro
en el cuello de la oveja al amanecer
y el ruido de una puerta cerrándose tras una fiesta.
El espacio entre el grito del ave herida en el pantano.
y las alas plegadas de una mariposa
sobre la cumbre de la loma barrida por el viento.

Eso fue la felicidad:
dibujar en la escarcha figuras sin sentido
sabiendo que no durarían nada,
cortar una rama de pino
para escribir un instante nuestro nombre en la tierra húmeda,
atrapar una plumilla de cardo
para detener la huida de toda una estación.

Así era la felicidad:
breve como el sueño del aromo derribado,
o el baile de la solterona loca frente al espejo roto.

Pero no importa que los días felices sean breves
como el viaje de la estrella desprendida del cielo,
pues siempre podremos reunir sus recuerdos,
así como el niño castigado en el patio
encuentra guijarros para formar brillantes ejércitos.
Pues siempre podremos estar en un día que no ayer ni mañana,
mirando el cielo nacido tras la lluvia
y escuchando a lo lejos
un leve deslizarse de remos en el agua.

CUANDO TODOS SE VAYAN

A Eduardo Molina Ventura

Cuando todos se vayan a otros planetas
yo quedaré en la ciudad abandonada
bebiendo un último vaso de cerveza,
y luego volveré al pueblo donde siempre regreso
como el borracho a la taberna
y el niño a cabalgar
en el balancín roto.

Y en el pueblo no tendré nada que hacer,
sino echarme luciérnagas a los bolsillos
o caminar a orillas de rieles oxidados
o sentarme en el roído mostrador de un almacén
para hablar con antiguos compañeros de escuela.
Como una araña que recorre
los mismos hilos de su red
caminaré sin prisa por las calles
invadidas de malezas
mirando los palomares
que se vienen abajo,
hasta llegar a mi casa
donde me encerraré a escuchar
discos de un cantante de 1930
sin cuidarme jamás de mirar
los caminos infinitos
trazados por los cohetes en el espacio.

FIN DEL MUNDO

El día del fin del mundo
será limpio y ordenado
como el cuaderno del mejor alumno.
El borracho del pueblo
dormirá en una zanja
el tren expreso pasará
sin detenerse en la estación,
y la banda del Regimiento
ensayará infinitamente
la marcha que toca hace veinte años en la plaza.
Sólo que algunos niños
dejarán sus volantines enredados
en los alambres telefónicos,
para volver llorando a sus casas
sin saber qué decir a sus madres
y yo grabaré mis iniciales
en la corteza de un tilo
pensando que eso no sirve para nada.

Los evangélicos saldrán a las esquinas
a cantar sus himnos de costumbre.
La anciana loca paseará con su quitasol.
Y yo diré: "El mundo no puede terminar
porque las palomas y los gorriones
siguen peleando por la avena en el patio".

DESPEDIDA

*... el caso no ofrece
ningún adorno para la diadema de las Musas*

Ezra Pound

Me despido de mi mano
que pudo mostrar el paso del rayo
o la quietud de las piedras
bajo las nieves de antaño.

Para que vuelvan a ser bosques y arenas
me despido del papel blanco y de la tinta azul
de donde surgían los ríos perezosos,
cerdos en las calles, molinos vacíos.

Me despido de los amigos
en quienes más he confiado:
los conejos y las polillas,
las nubes harapientas del verano,
mi sombra que solía hablarme en voz baja.

Me despido de las Virtudes y de las Gracias del planeta:
Los fracasados, las cajas de música,
los murciélagos que al atardecer se deshojan
de los bosques de casas de madera.
Me despido de los amigos silenciosos
a los que sólo les importa saber
dónde se puede beber algo de vino,
y para los cuales todos los días
no son sino un pretexto
para entonar canciones pasadas de moda.

Me despido de una muchacha
que sin preguntarme si la amaba o no la amaba
caminó conmigo y se acostó conmigo
cualquiera tarde de esas que se llena
de humaredas de hojas quemándose en las acequias.

Me despido de una muchacha
cuyo rostro suelo ver en sueños
iluminado por la triste mirada
de trenes que parten bajo la lluvia.

Me despido de la memoria
y me despido de la nostalgia
-la sal y el agua-
de mis días sin objeto

Y me despido de estos poemas:
palabras, palabras -un poco de aire
movido por los labios- palabras
para ocultar quizás lo único verdadero:
que respiramos y dejamos de respirar.

12

TRATEN DE DESPERTAR

Traten de despertar
y acompañennos
campanas que han olvidado su sed de espacio,
arcoiris en donde quería vivir una niña,
tardes que pasábamos en el tejado de zinc
leyendo a Salgari y a Julio Verne,
tardes como las sandías que poníamos a enfriar
en el río,
como los pies desnudos de los niños que
caminaban por los rieles del desvío

al aserradero,
como el beso de la muchacha en la penumbra
de la bodega triguera.
Acompañennos,
rechinar de las mariposas de hierro,
veletas quejumbrosas,
cielo de la hora de la novena
tan cercano que pronunciar un nombre
podría romperlo,
cielo en donde se hundían las palomas cansadas
de la iglesia.
Acompañennos
a nosotros que hemos visto al sol
transformarse en un girasol negro.

A nosotros que hemos sido convertidos
en hermanos de las máscaras muertas
y de las lámparas que nada iluminan
y sólo congregan sombras.
A nosotros
los desterrados en un lugar donde nadie
conoce el nombre de los árboles,
donde vemos todo próximo amor
como una próxima derrota,
toda mañana
como una carta que nunca abriremos.

Acompañennos,
porque aunque los días de la ciudad
sean espejos que sólo pueden reflejar
nuestros rostros destruidos,
porque aunque confiamos nuestras palabras
a quienes decían amarnos
sin saber que sólo los niños y los gatos
podrían comprendernos,
sin saber que sólo los pájaros y los girasoles
no nos traicionarían nunca,

aún escuchamos el llamado de los rieles
que zumbaban en el mediodía del verano en que
abandonamos la aldea,
y en sueños nos reunimos para caminar
hacia el País de Nunca Jamás
por senderos retorcidos iluminados
sólo por las candelillas y los ojos encandilados
de las liebres.

Nota: Referencias a los poemas de esta selección:

1. "Los tejados se inclinan": de *El árbol de la memoria*. Imprenta Arancibia Hnos., Santiago, 1961. Premio Gabriela Mistral y Premio Municipal de Poesía.
2. "Sentado, en el fondo del patio": de *El árbol de la memoria*.
3. "Imagen": de *Poemas del País de Nunca Jamás*. Colección "El viento en la llama" dirigida por Armando Menedín. Imprenta Arancibia Hnos., Santiago, 1963.
4. "Bajo un viejo techo": de *Para ángeles y gorriones*. Ediciones Puelche, Santiago, 1956.
5. "Sentados frente al fuego": de *Para ángeles y gorriones*.
6. "Twilight": de *El cielo cae con las hojas*. Ediciones "Alerce" de la Sociedad de Escritores de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1968.
7. "Atardecer en automóvil": de *El árbol de la memoria*.
8. "Bajo el cielo nacido tras la lluvia": de *Para un pueblo fantasma*. Colección "Cruz del sur", Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1978.
9. "Cuando todos se vayan": de *El árbol de la memoria*.
10. "Fin del mundo": de *Poemas del País de Nunca Jamás*.
11. "Despedida": de *El árbol de la memoria*.
12. "Traten de despertar": de *Poemas del País de Nunca Jamás*.